

para distraerse durante algunos minutos, pero sus ojos se cerraban á pesar suyo. Se durmió, y por primera vez en cuarenta y ocho horas halló la calma y el olvido.

Ya era muy entrado el día cuando despertó. Algo se avergonzó de aquella preponderancia de la materia sobre el espíritu, que la había arrancado á sus dolorosas preocupaciones. Advirtió, sin embargo, con cierta alegría, que se hallaba más fresca y más vigorizada después de aquella noche tranquila. Su pensamiento le pareció más claro y más seguro. Su resolución, no por ser muy grave, era menos firme. Había salido ya la condesa de los enervamientos exasperados de la primera hora, y se sentía dueña y señora de sí misma en toda la plenitud de su vigor físico y moral.

A las nueve vió salir á Armando vestido de negro. A medio día ya estaba de vuelta el conde. Mina le hizo saber entonces que tenía precisión de salir y que no almorzaría con él, y segura de tener dos horas por delante para ejecutar el plan que había concebido, bajó por la escalera de servicio, atravesó el patio, tomó un coche de alquiler que pasaba por delante de la puerta y se hizo conducir al paseo Maillot.

IV

Unos seis meses antes de la época en que comenzó esta relación, y en una mañana de Octubre, el conde Armando, que residía á la sazón en su palacio de Cravant, leía distraídamente su correspondencia antes de partir á una expedición cinagética con varios invitados, cuando de pronto llamó su atención un sobre ancho, en el cual iba impreso en forma de membrete: *Bernard Pellier, notario, París*. Dejó Armando la carta poco importante que en aquel momento leía, y se apresuró á abrir la que había picado su curiosidad y cuyo contenido era el siguiente:

«Mi señor y querido cliente: Acabo de recibir la visita de una prima de usted recién llegada de las colonias inglesas, la señorita Lydia Audrimont, á quien usted no conoce y que tiene que dirigirle una pregunta. La primera vez que pase usted á París tenga la bondad de venir por mi estudio, y asimismo la de avisarme la víspera para que pueda yo citar á la señorita Audrimont, en cuya presencia creo que no ha de ser á usted enojoso encontrarse.

»Reciba usted..., etc., etc. — BERNARD PELLIER.»

Después de haber leído esta carta, el conde

permaneció un instante pensativo. Lydia Audrimont, ¿su prima?... Lo sería, sin duda, por su mujer, porque en su vida había él tenido ningún pariente apellidado... De repente surgió en la mente del conde un recuerdo... recuerdo que iba unido á un hecho material que impresionó profundamente su imaginación infantil. Tendría él unos once años cuando un día, 1.º de Enero, le había llevado su padre, después de almorzar, á felicitar la entrada de año á su abuelo materno, el marqués de Pont-Croix, legitimista rabioso, milagrosamente escapado de las matanzas de la Penissiere, y que permanecía imbuido en las más intransigentes tradiciones feudales. Era un anciano de elevada estatura, de cabellos blancos encrespados, con la cruz de San Luis pendiente siempre de una cinta roja del ojal de su casaca. Este anciano inspiraba al niño un terror respetuoso. Tenía el abuelo una manera tan brusca de montarle sobre sus piernas huesudas y de besarle pinchándole con su barba de dos días, que alejaba de sí á su nieto.

Pues bien: en aquel día, primero de año, que el conde recordaba, el conde de Fontenay estaba sentado en el despacho de su suegro, y Armando, después de haber sufrido la tradicional ceremonia de montarle á horcajadas en la cortante rodilla y de pincharle con las barbas, miraba un álbum de grabados, cuando entre sus páginas descubrió una tarjeta de marfil, en la cual apare-

cía la miniatura de una joven hermosísima, aunque de aire triste y dolorido. Estaba vestida muy sencillamente y de colores oscuros. En el dorso de la miniatura se leía: «A mi padre, tiernamente amado, á pesar de todo.—LAURENCIA.»

Armando, alzando la miniatura como para mostrarla, exclamó: «¡La tía! ¡Qué parecida á tí!» A estas palabras tornóse pálido el anciano; su mirada tomó una expresión amenazadora y acercándose vivamente, arrancó la miniatura de la mano del niño. El conde de Fontenay, inquieto al parecer, habíase aproximado, y el marqués le había dicho con voz sorda:

—Es esa desgraciada que ha vuelto á presentarse ante mí; no quiere dejarme que la olvide.

Y como el conde, intentando calmar á su suegro, le comprometiese á mostrarse más indulgente, el marqués había respondido:

—«¡No! Que no me hablen nunca de ella. Ja más, jamás. Me ha desobedecido, me ha ofendido. La he arrojado de mi corazón; ya no la conozco.»

El viejo, extenuado por aquella manifestación violenta, habíase dejado caer en su silla y derramaba abundantes lágrimas. En la estancia reinaba silencio profundísimo, interrumpido solamente por los sollozos del abuelo. El conde, con la frente surcada de arrugas, contemplaba á Armando, que, muy conmovido por aquel dolor cuya causa desconocía y cuya amargura tam-

poco comprendía, estaba muy próximo á llorar. Al cabo de un instante el marqués había recobrado su sangre fría, y cuando su yerno le estrechó la mano con intención de decirle alguna frase de consuelo, el marqués habíale atajado la palabra con un «es inútil» muy seco. Después había acompañado silenciosamente á los dos hasta el vestíbulo, había pinchado otra vez á su nieto con la barba y había vuelto á su biblioteca. Ya en el carruaje Armando había preguntado á padre:

—¿Qué ha hecho la tía para que abuelito esté incomodado con ella?

—Casarse á disgusto de su padre.

—¡Ah! ¿Y por qué?

—Porque tía amaba á uno que desagradaba á tu abuelito.

—¿Y por qué le desagradaba?

—Porque no es de nuestra clase.

—¡Ah! Pues ¿de qué clase es?

—Pertenece á la burguesía: es industrial.

—¿Y qué es un industrial?

—Un hombre que anda en negocios.

—¿Y es malo andar en negocios?

—Me molestas, niño.

Aquel *me molestas* puso término á la conversación, pero quedó con ella indeleblemente grabado en el espíritu de Armando que su tía Laurencia se había casado con un hombre que tenía sobre sí una mancha: la de trabajar. Y como ni

su abuelo ni su padre trabajaban, el respeto que hacia ambos sentía le indujo á deducir que obraban mal los que no procedían como ellos. Había, pues, conservado una desagradable impresión de aquel incidente, y el nombre de su tía Laurencia había quedado asociado en su memoria á algo malo... ¿Cómo se llamaba el industrial con quien se había casado? No lo sabía. Ni del marido ni de la mujer se había hablado ninguna otra vez en la casa. Armando había perdido á su padre siendo muy joven. Ninguna de las personas cerca de quienes vivió desde que tuvo uso de razón le hablaron nunca de aquella hija rebelde. Armando había, pues, crecido y hasta llegado á viejo sin tener noticias de lo que había ocurrido después á su tía Laurencia.

Pero la carta de su notario evocó el recuerdo de aquella escena ocurrida en casa del abuelo, y supuso que aquella prima sería hija de Laurencia; así era, efectivamente, y de ello se convenció cuando, con arreglo á las indicaciones del notario, celebraron Armando y Lydia, en el despacho notarial, su primera entrevista. Lydia era una joven encantadora, hermosísima y buena, noble y sencilla. Su padre, el señor Audrimont, había reunido en el Canadá, á fuerza de trabajo é inteligencia, una colosal fortuna, fortuna de muchos millones; cuando satisfecho del resultado obtenido ó fatigado por el esfuerzo realizado se retiró de los negocios, una enfermedad terrible

lo arrebató á su familia; á Audrimont siguió con muy poco tiempo de diferencia su esposa, su compañera fiel en tribulaciones y bienandanzas, su amiga constante en la próspera y en la adversa fortuna, y Lydia quedó sola en manos de testamentarios codiciosos y de administradores infieles que abusaron de la inexperiencia, de los pocos años y de la nobleza de sentimientos de la huérfana para robarla descaradamente. Así y todo Lydia, decidida á trasladarse á Europa, pues no era alegre para ella la permanencia en aquel país donde había perdido para siempre á sus buenos y queridos padres, aun realizó un capital muy respetable, el capital bastante para producirla cincuenta mil libras de renta. Si Lydia había manifestado deseos de conocer á su primo Armando no había sido, y así lo comprendió el conde desde las primeras palabras que cruzó con aquella angelical criatura, no había sido por convertirse para él en una carga, sino sólo para conocer á los únicos parientes de quien su madre, su santa madre, conservaba recuerdos de gratitud y de cariño, y al propio tiempo para pedirle noticias de aquella miniatura de Laurencia que produjo la escena del primero de año en casa del marqués. En Quebec no andaban por entonces muy adelantadas las artes, y Lydia no tenía de su madre retrato alguno; conocía la existencia del que Laurencia, como último recuerdo suyo, había dejado á su severo y

cruel padre, y quería, si esto era posible, recobrarlo. Por fortuna el retrato existía, y existía en poder de Armando, que á los pocos minutos de manifestado este deseo puso la miniatura de Laurencia en manos de su hija. Lydia y Armando habían simpatizado á primera vista; á los diez minutos de hablarse tratábanse como si toda su vida se hubiesen visto. Quedó, pues, convenido, que en lo relativo á negocios, el notario señor Pellier, persona respetabilísima y entendida y de toda confianza correría con los intereses de Lydia, y que Armando sería el consejero y el amigo de la recién llegada. ¿Por qué Armando nada dijo á Lydia de su esposa? ¿Por qué Lydia no le preguntó si era casado? Quizás ella juzgó que la pregunta podía parecer indiscreta; acaso él creyó que la noticia era impertinente. Pero ¿cómo el conde, todo lealtad y todo franqueza, nada dijo á su esposa de este nuevo pariente? A esto ni él mismo sabría contestar. Entregóse insensiblemente al encanto de este nuevo cariño, sin darle importancia alguna, pero sintiéndole más dulce cada vez. Sin embargo, cuando la señora de Fontenay bajó del coche de alquiler que la había llevado á casa de Lydia nada existía entre ésta y Armando que no fuese una franca, y pura, y sencilla amistad, de lo que Mina, que era mujer de corazón y de entendimiento, no había de tardar en convencerse.